

¿VALIÓ LA PENA OBEDECER?

Por *Helena Welch*

A TEMA no le gustaba recoger leña. Prefería jugar a sus anchas en vez de hacer mandados, o cualquier trabajo que sus padres le pedían que hiciera.

-¡Tema! -llamó el papá-. ¡Tema! Vamos.

Tema oyó que el padre lo llamaba. Pero en lugar de obedecer, se escondió aún más detrás del arbusto junto al cual estaba jugando.

-¡Tema! -llamó de nuevo el padre-. Es hora de ir a juntar leña.

"Papá puede juntar leña para el fuego -pensó Tema, riendo para sus adentros-. Me quedaré callado y pronto papá se irá".

Tema oyó que su padre suspiró. Luego lo vio encaminarse hacia el río, donde había ramas rotas esparcidas por el suelo.

"Ahora iré a visitar a mi amigo David", se dijo. Pero al salir corriendo de detrás del arbusto casi chocó con su madre.

-¡Ah, aquí es donde has estado escondido, muchacho malo! -lo reprendió la madre-. Debes tener un demonio en tu corazón porque dejas a papá que vaya solo a recoger leña.

Pero Tema se escapó de su madre y corrió hacia la casa de su amigo David. El y David siempre se divertían mucho. A David se le ocurrían muchos juegos nuevos.

-David, juguemos algunos juegos -gritó Tema tan pronto como se acercó a la casa de su amigo.

Pero cuando David salió, lucía una camisa, la única camisa que tenía. Eso sorprendió a Tema, porque David nunca usaba la camisa a menos que fuera a un funeral o a un casamiento de la villa. Y hasta ese momento Tema no había oído hablar de ninguna de las dos cosas.

-¿Dónde vas? -le preguntó Tema.

-Voy a la reunión del sábado -respondió David-. Hoy no puedo jugar contigo. Pero tú puedes acompañarme a la reunión del sábado.

Tema frunció el entrecejo. No estaba seguro de que deseaba ir con David.

-¿Qué es la reunión del sábado? ¿Y por qué tienes que usar camisa?

David se encogió de hombros.

-Creo que no tengo que usar camisa... Pero quiero usarla. Y yo no sé exactamente qué es una reunión del sábado. Una dama misionera de la aldea dijo que a ella le gustaría que mis padres y yo fuéramos a la reunión para aprender acerca de Jesús.

Tema se sintió más perplejo que nunca. Jamás había oído hablar de Jesús.

-¿Jesús vive en la aldea? -preguntó.

David sacudió la cabeza.

-Jesús vive en un lugar maravilloso llamado cielo, explicó esa dama. Ella nos va a contar más al respecto en la reunión de hoy.

Tema se quedó mirando por largo tiempo a sus pies descalzos. Finalmente miró a David.

-Quiero ir a la reunión -le dijo. De manera que los dos muchachos salieron caminando juntos.

Durante la reunión, Tema guardó silencio y se mantuvo atento. La misionera habló acerca del cielo. Dijo que Jesús vendría pronto a llevar con él a los que lo amaban.

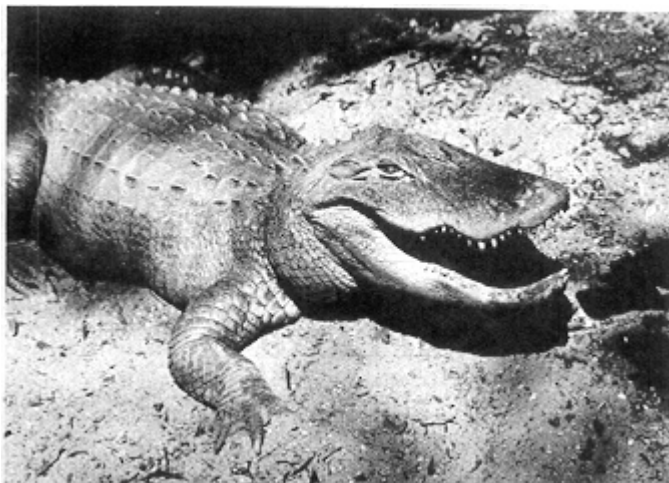
"Yo quisiera vivir en el cielo", pensó Tema para sí y sonrió.

La misionera notó su sonrisa y también sonrió.

-¿Te gustaría aprender más acerca de Jesús? -le preguntó al muchacho.

-¡Oh, sí! -exclamó Tema-. ¿Podría venir la próxima vez que tenga una reunión?

-Por cierto que sí -le aseguró la misionera-. Trae también a tus padres.



Pero cuando Tema regresó a la próxima reunión no llevó consigo a sus padres. De hecho no les dijo nada acerca de la reunión. Porque al hacerlo habría estado obedeciendo a la misionera. Y a Tema no le gustaba obedecer a nadie.

Pero después de asistir a algunas reuniones sabáticas aprendió que hay Alguien que quiere que obedezcamos. Ese Alguien es Jesús. Tema aprendió también que, si él quería demostrarle a Jesús que lo amaba tanto como para querer ir a vivir al cielo con él, debía hacer algunas cosas. Una de ellas era obedecer a sus padres.

Tema meditó en lo que la misionera le había enseñado. Luego oró sobre el asunto. Por fin se dio cuenta de que amaba lo suficiente a Jesús como para hacer cualquier cosa que él quisiera.

Después de eso Tema sorprendió a sus padres acudiendo cuando ellos lo llamaban. Comenzó a cumplir con sus obligaciones sin que tuvieran que decírselo. Sus padres no podían entender lo que ocurría.

Cierta día Tema y su padre estaban recogiendo leña cerca del río. Tema se detuvo para recoger una rama grande cuando oyó a su padre que le gritaba:

-¡Rápido! Tema! ¡Ven! ¡Corre tanto como puedas!

Sin vacilar o preguntarse por qué su padre le estaba pidiendo algo tan raro, Tema obedeció. Tan pronto como estuvo junto a su padre, éste lo acercó a él y señaló con su dedo tembloroso hacia el río.

Al volverse para mirar, Tema vio una escena que a él también lo hizo temblar. En el mismo lugar donde él había estado por levantar la rama, había un gran caimán o yacaré que abría sus fauces ávidas de alimento.

-Es un milagro -susurró el padre de Tema-. Si no hubieras acudido inmediatamente cuando te llamé, ahora no estarías vivo. Pero dime, Tema, ¿cómo fue que viniste? ¿Por qué últimamente has estado obedeciéndonos a mamá y a mí?

-Es por causa de Jesús -respondió Tema. Y allí mismo le contó a su padre acerca de la escuela sabática y de su deseo de ir a vivir al cielo con Jesús.

Cuando Tema terminó, su padre hizo un movimiento de aprobación con su cabeza.

-Yo también quiero vivir en el cielo -dijo-. Y ahora mismo quiero agradecer a Jesús por haber salvado la vida de mi hijo, al ponerle el deseo de obedecerme.

VASIJAS DE BARRO

Cristy y sus amigas caminaban por la calle principal de Avanos, contemplando las vasijas y los platos exhibidos en los negocios. La ciudad de Avanos es muy conocida por su alfarería y está situada a orillas del río Kizilirmak, nombre que significa “Río rojo”. De allí viene la arcilla. En una de las tiendas, vieron a un hombre trabajando en una rueda de alfarero y decidieron entrar y mirar. Ciertamente sabía lo que estaba haciendo.

-¿Quién quiere intentarlo? -preguntó el artesano.

Cristy se ofreció como voluntaria y se sentó. Pronto, descubrió que era más difícil de lo que pensaba. Mientras trataba de controlar la arcilla, ella y sus amigas se rieron mucho de sus torpes intentos por fabricar una vasija. Cuando se dio por vencida, Cristy se puso de pie y el alfarero tomó su lugar. Se sentó nuevamente ante la rueda, y pronto surgió de entre sus manos la forma de una vasija.

¿Alguna vez viste a alguien haciendo vasijas de barro? Es fascinante observar a un artesano que toma un montón de arcilla mojada y modela algo hermoso. Esa es la imagen que Dios usa cuando habla de moldearnos y modelarnos. Él nos toma, con todos nuestros defectos y debilidades, y nos transforma en algo muy valioso.

Lee lo que dice la Biblia: “La vasija que estaba modelando se le deshizo en las manos; así que volvió a hacer otra vasija, hasta que le pareció que le había quedado bien. En ese momento la palabra del Señor vino a mí, y me dijo: ‘Pueblo de Israel, ¿acaso no puedo hacer con ustedes lo mismo que hace este alfarero con el barro? -afirma el Señor-. Ustedes, pueblo de Israel, son en mis manos como el barro en las manos del alfarero’”.

¿No te alegra saber que Dios quiere obrar en ti? Dale tu vida a Dios, y deja que él te modele hasta llegar a ser la persona que él desea que seas.

Por Helen Lee Robinson

VE A LA CARCEL

La señora O'Neil estaba frente a la puerta de la prisión, debatiendo si entrar o no. En su casa le había parecido una muy buena idea, pero ahora no estaba tan segura.

¿Qué diría? ¿Cómo se presentaría? ¿Querría verla aquel hombre?

Unos meses antes, alguien había entrado en la tienda de su esposo. El ladrón se había llevado algunos objetos valiosos. La policía había investigado, y unos días más tarde habían llamado a los O'Neil para informarlos de que habían arrestado a alguien. Aparentemente, el hombre era buscado por otros delitos también, así que el juez lo sentenció a largos años en prisión.

Decidiéndose, la señora O'Neil abrió la puerta y entró. Dijo su nombre a la persona que estaba en la mesa de entradas y el nombre de la persona que quería visitar. Alguien la llevó hasta una habitación pequeña, donde esperó hasta que un guardia trajo al prisionero.

-Usted no me conoce -comenzó diciendo-, pero soy la esposa del hombre al que le robó.

-¿Qué quiere? -gruñó el preso-. ¿Está aquí para hacerme sentir mal por estar en la cárcel?

La señora O'Neil le aseguró que esa no era la razón por la cual había venido.

-Vine para presentarle a mi mejor Amigo -le dijo.

Cuando el hombre la miró inquisitivamente, ella le explicó que había sentido la impresión de que debía venir a verlo.

-Me pregunto si le gustaría estudiar la Biblia conmigo.

El hombre aceptó, y así fue que comenzaron a estudiar la Biblia juntos. Otros pidieron unirse a ellos, y pronto tenían un grupo de estudio de la Biblia allí, en la prisión. Los prisioneros se asombraron al aprender que "ya no hay ninguna condenación para los que están unidos a Cristo Jesús". Sí, aun los ex criminales pueden aceptar el regalo de la salvación que ofrece Dios a todos.

Por Helen Lee Robinson

VERDADERA HERMOSURA

María Fernanda sabía perfectamente bien que no se le permitía tocar nada de lo que había sobre el tocador del dormitorio de su mamá. Se lo habían repetido una y otra vez, especialmente desde que había roto un jarroncito de cristal tallado.

Pero la memoria de María Fernanda era muy corta, y le gustaban muchísimo las cosas hermosas que había sobre el tocador de la mamá. Y para decir la verdad, le gustaba muchísimo usarlas para lucir mejor. Por lo menos eso era lo que ella pensaba, y a ella le gustaba verse bonita, como creo que desean la mayoría de las niñas.

Esa tarde estaba preparando una fiesta de muñecas a la que había invitado a su vecinita Viviana. Por supuesto, pensó que tenía que lucir muy hermosa, y creía que segura, mente la mamá no se opondría esta vez.

Se aseguró de que la mamá estuviera muy ocupada en el piso de abajo. Entonces entró sigilosamente al dormitorio de la mamá, y cerrando cuidadosamente la puerta, fue directa, mente al tocador.

¡Qué cosas hermosas tenía la mamá! Había un espejo con respaldo de plata. El peine también tenía mango de plata. Había un frasco de perfume de cristal tallado, y María Fernanda no pudo menos que oprimir el bulbo de goma del perfumador.

"Ah -se dijo sonriendo mientras el rocío de perfume la alcanzaba -. ¡Qué hermoso! ¡Qué envidiosa se sentirá Viviana cuando aparezca toda perfumada!"

Siguió perfumándose, y en realidad se perfumó demasiado.

Luego comenzó a peinarse. ¡Qué hermoso era peinarse con el peine con cabo de plata! Estaba segura de que su cabello nunca había estado mejor peinado, y se miró con admiración en el espejo.

Quedó satisfecha con su peinado, y comenzó a mirar qué otra cosa podría usar. Uno por uno abrió todos los potes y frascos que tenía la mamá sobre el tocador.

¡Ah, el polvo facial! ¡Qué aroma suave! Era casi tan agradable como el perfume.

María Fernanda no estaba segura de cómo debía usarse el polvo facial; se parecía algo al talco que la mamá le ponía al hermanito pero decidió probar de todas maneras.

Apenas había comenzado a ponerse el polvo cuando un leve ruido detrás de ella la sobresaltó. Era el ruidito del picaporte de la puerta, y ella sabía muy bien lo que significaba. Apresuradamente puso las cosas en su lugar, y se alejó del tocador tratando de parecer completamente inocente:

- ¿Estás aquí otra vez, María Fernanda? -dijo la mamá con seriedad- ¿Qué estuviste haciendo?

- Nada, Mamá querida, sólo me peiné un poco.

- ¿No te he dicho que no toques lo que hay sobre mi tocador?

-Sí, Mamá.

- Espero que no hayas tocado el talco para el bebé, ¿verdad? .

- Em ... no, Mamá.

- María Fernanda, mírate en el espejo.

y María Fernanda se miró en el espejo.

- ¡Oh, Mamá! ¡Claro que lo sabías! -exclamó sorprendida, al ver su cara cubierta de polvo.

- María Fernanda - siguió la mamá -, una niña des, obediente nunca es hermosa, y una' niña que no dice le: verdad nunca es bonita, no importa cuánto trate de cubrirse con polvo y perfume. Ser honrada y veraz es mucho más importante que el adorno exterior. Ponte otra vez la ropa de todos los días, y baja a ayudarme.

_¡Oh, pero mi fiestita! Viviana está por llegar -dije llorando María Fernanda.

- Las niñas que no aprenden a obedecer ni a decir la verdad no pueden tener fiestitas -dijo la mamá.

- ¡Lo lamento tanto, Mamá! - agregó entre lágrimas.

- Tal vez la próxima vez mi hijita se acordará de ser obediente - concluyó la mamá.

Y así fue.

VESTIDOS CON ESTILO

El señor Shin era un hombre pobre, que vivía en la calle. Pero, nadie lo hubiera adivinado por su ropa. Tenía puesta una camisa nueva y unos pantalones nuevos, ambos, a la última moda. Y no era el único hombre de la calle que vestía ropas así. Muchos otros andaban por allí, vestidos con estilo. ¿Cómo podían pagar ropa tan lujosa? La respuesta es sencilla: no podían.

Esta es la historia detrás de la gente de la calle mejor vestida del mundo: funcionarios del gobierno habían confiscado una gran cantidad de ropa de marca, falsificada. -¿Qué vamos a hacer con toda esta ropa? - preguntó uno de ellos-. Sería una lástima destruirla. -¿Por qué no se la donamos a la gente de la calle? - sugirió otro. Y de esta manera, después de sacarles las etiquetas, regalaron la ropa a una institución de beneficencia. Y fue así como el señor Shin y muchos otros llegaron a estar vestidos con ropa tan lujosa. No podían comprar ropa tan linda por sí mismos, pero la recibieron gratuitamente. La ropa nueva reemplazó su vieja ropa andrajosa. Tu y yo también podemos vestimos con estilo, gracias a Dios. Él nos dice: “Como puedes ver, y a te he liberado de tu culpa, y ahora voy a vestirme con ropas espléndidas”. No está hablando de camisas y pantalones literales, sino de ropa espiritual. Y, aunque no podemos pagar esas vestiduras, podemos aceptarlas como un regalo de Dios. ¿No estás contento porque Dios esté dispuesto a vestimos? Proclamemos, entonces: “Me deleito mucho en el Señor; me regocijo en mi Dios. Porque él me vistió con ropas de salvación y me cubrió con el manto de La justicia...”

Por Helen Lee Robinson

“VE Y CUÉNTALO”

En un humilde hogar de Nueva Inglaterra, localidad de los Estados Unidos, una vela estaba encendida a altas horas de la noche mientras Guillermo Miller leía su Biblia. Durante muchos días y muchas noches la había estado estudiando.

Cuanto más leía, más convencido estaba de que Jesús vendría pronto, muy pronto. Estaba conmovido como nunca lo había estado antes. ¡Qué maravilloso mensaje había descubierto!

Una mañana, mientras estaba sentado ante su escritorio, oyó una voz que decía: “Ve y cuéntalo al mundo”.

Guillermo Miller se quedó muy sorprendido. “¡Oh! —dijo—, yo no puedo ir”.

Pero la voz habló otra vez: “¿Por qué no?”

“Yo no soy un predicador. Soy un sencillo agricultor —fue su respuesta—. Si alguno viniera y me pidiera que predicara, iría, pero seguramente nadie vendrá. Yo no sé hablar ante un grupo numeroso de personas”.

Guillermo Miller puso a un lado la Biblia y se preparó para ir al campo a trabajar. Estaba seguro de que nadie le pediría que predicara. Justamente entonces alguien llamó. Se abrió la puerta. Ahí estaba Irving, su sobrino, que vivía del otro lado del lago a unos veinticuatro kilómetros de distancia.

El muchacho le dijo: “Papá quiere que vayas mañana para hablarnos acerca de la segunda venida de Cristo. El pastor no está, de modo que reuniremos a los vecinos en nuestra casa y tú podrás predicarles a todos”.

¿Predicar? ¡Seguramente que no! Guillermo Miller no podía creer lo que oían sus oídos. No pudo decir una palabra. Por un momento se quedó parado mirando a su sobrino. Luego salió de la casa.

Las palabras seguían resonando en sus oídos: “¡Ve y cuéntalo! ¡Ve y cuéntalo!”

El señor Miller se fue al bosque. Arrodillándose oró: “¡Oh, Señor, yo no puedo predicar!”

Pero todo lo que podía oír era: “Ve y cuéntalo al mundo”.

“Iré y haré lo mejor que pueda”, dijo. Tenía los ojos llenos de lágrimas. Nunca había predicado un sermón, pero sabía que Dios le ayudaría.

Entonces Guillermo Miller regresó a la casa donde su sobrino lo esperaba.

“Ven y almuerza con nosotros —le dijo—, después iré contigo”.

Al día siguiente Guillermo Miller habló a la gente. No se puso de pie para predicar, sino que se sentó en un gran sillón y les contó las cosas que él había hallado en la Biblia. El Señor le ayudó mientras hablaba.

Todas las madres y los padres, todos los niños y niñas escuchaban atentamente. Estaban conmovidos por las cosas maravillosas que oían. Al fin de la reunión, algunos le dirigieron preguntas, mientras otros se encaminaron silenciosamente a sus hogares pensando en lo que habían oído.

Después de esto se le pidió a Guillermo Miller que predicara muchas, muchas veces. Nunca rehusó.

Centenares de personas se convirtieron a Jesús y empezaron a esperar su segunda venida.

VIAJE MISIONERO

Hace unos quince años, un grupo de nuestra escuela realizo un viaje misionero a una pequeña aldea en Sarawak, Malasia. Fuimos a para ayudar a construir un lugar de captación de agua, para que los aldeanos pudieran tener una fuente de agua más confiable y conveniente. Cuando llegamos a nuestro destino, estaba oscuro y lloviendo.

Mientras corríamos hacia el edificio conocido como la casa comunal, los aldeanos comenzaron a aplaudir y a darnos ánimo. Inmediatamente, una persona con un vaso con líquido rojizo en la mano nos saludo y nos dijo que tomáramos un sorbo. Al lado, en la fila, había otra persona con otro vaso. Y detrás de esa persona nos esperaba todavía otro vaso. Recorrimos la fila de vasos con líquido rojizo, tomando un sorbo de cada uno. Era su manera de darnos la bienvenida.

Esa semana trabajamos junto con ellos cavando zanjas, mezclando cemento y construyendo una estructura que captaría y almacenaría el agua de lluvia. Pero, lo que sobresale en mi mente acerca de aquel viaje a Malasia fue la generosidad de los aldeanos.

Aunque habíamos ido allá para ayudarlos, esa semana, la gente de la aldea nos mostró el verdadero significado del texto que dice “Hay más dicha en dar que en recibir”. No tenían mucho, pero lo que tenían querían compartirlo con nosotros. La bienvenida de esa noche, con las bebidas y la comida que nos dieron, fue solo el comienzo.

Nos enteramos de que el jefe acababa de terminar de construir una casa nueva. Todavía ni siquiera se había mudado a ella, pero nos la ofreció, generosamente, para que durmiéramos en ella. Y los aldeanos nos ofrecieron galletitas y otras comidas durante toda la semana.

Su disposición a compartir fue inspiradora. Cuando termino la semana, regrese al colegio habiendo recibido el recuerdo de que es más bendecido dar que recibir.

Narrado por: Keii Johnson

VICTORIA EN EL CALABOZO

Por **LAWRENCE MAXWELL**

EL CALABOZO era oscuro.

Unos rayos de luz se filtraban apenas por la ventana que había cerca del techo, atravesada por gruesos barrotes, tan alta que el preso, aun cuando se estirara todo lo que podía, no lograría alcanzarla. Pero de todas maneras él no sabía nada de la ventana ni de la luz. La luz y las tinieblas eran lo mismo para él, porque era ciego. Y estaba desanimado. Y lo peor era que se encontraba allí por su propia culpa. Por culpa suya había perdido la vista. A menudo repasaba su vida. Había poseído un talento extraordinario, gracias al cual siempre ganaba en la pelea. ¿Cómo pues había llegado a la cárcel?



Eso había ocurrido hacía unos veinte años. Un día, sintiéndose muy seguro de sí mismo, permitió que sus amigos lo ataran con sogas. Estos lo entregaron luego a sus enemigos. Recordó que sus amigos lo habían abandonado a merced de sus enemigos. ¡Qué amigos eran éstos! Al verlo, sus enemigos se abalanzaron contra él, con alaridos de triunfo. Eran miles contra uno.

Pero en ese momento, movido por una fuerza extraordinaria, rompió de un tirón las sogas que lo aprisionaban y tomando la quijada de un asno de una osamenta que encontró, corrió a encontrarse con sus enemigos, y antes de que éstos se dieran cuenta de lo que estaba ocurriendo, mató a mil de ellos. ¡Ese día ganó la pelea! Y la había ganado también en otra oportunidad cuando los enemigos se sentían muy seguros de que lo tenían en su poder. Porque él había entrado nada menos que en una de sus ciudades principales para pasar la noche, y cuando estaba adentro, los filisteos cerraron la puerta de la ciudad para que no pudiera escaparse. Pero él, tomando la enorme puerta la arrancó con sus postes y la llevó hasta la cima de una colina y luego se escapó.

En esos días sus enemigos no podían hacerle daño, aun cuando lo intentaran por todos los medios, porque él siempre ganaba.

No obstante aquí estaba, entrampado, encadenado, en un calabozo. Y eso lo lograron finalmente sólo dos o tres hombres. Entraron en su casa y lo capturaron. Luego le sacaron los ojos... Pero ellos no podrían haberlo hecho si. .. Ese si era lo que hacía más difícil de soportar la tragedia que vivía. Si yo no hubiera pecado. Sansón se repitió vez tras vez esas palabras. Dios me concedió una fuerza extraordinaria, como la que ningún hombre tuvo jamás. El quería que la usara para su gloria, pero yo la usé para la mía... para matar a los que me molestaban, para cazar zorras y atarles a la cola teas encendidas. ¡Qué necio fui! 's medida que corrían los interminables días, acudieron también a la mente de Sansón otros pensamientos. Recordó que el padre solía leerle' acerca del día cuando Dios le habló a Moisés. "¡Jehová! ¡Jehová! Fuerte, misericordioso y piadoso; tardo para la ira, y grande en misericordia y verdad; que guarda misericordias a millares, que perdona la iniquidad, la rebelión y el pecado". ¿Lo perdonaría Dios? ¿Le ayudaría a vencer su egoísmo y su mal genio, esos hábitos que lo habían debilitado tanto? ¡Sí! ¡Dios le había dicho a Moisés que lo haría! Levantando sus ojos ciegos Sansón miró al cielo, y en su mente vio al Señor dispuesto a perdonarlo, a ayudarlo, a vencer su egoísmo y su mal genio. Sansón oró para obtener perdón y vencer, y creyó que Dios cumpliría su promesa.

Unas pocas semanas después Sansón derribó los pilares del templo y mató tres mil filisteos de una sola vez.

Muchas personas creen que esa fue la mayor victoria que logró Sansón. Pero su mayor victoria fue la que obtuvo en el calabozo, cuando venció sus malos hábitos y creyó que Dios le perdonaba sus pecados.

Y si tú has pecado, Dios también está dispuesto a perdonarte, no importa cuán malos hayan sido tus pecados. Y él también te dará la victoria sobre tus malos hábitos, no importa cuán detestables hayan sido. Pero no lo obligues a permitir que te echen en un calabozo para escucharlo.

¡VIENTO, OLAS Y TIBURONES!

Por **Kathleen D. Oemcke**

SAMUEL se dio vuelta disgustado. Esa mañana todos parecían haber enloquecido. ¿Por qué no dormían?

Entonces cayó en la cuenta. Ese era el día en que irían de picnic a la isla. Los muchachos de la escuela habían terminado de construir la canoa del director, y ese era día de picnic.

Se ató la toalla a la cintura y corrió hacia el tanque de agua. En esa cálida mañana era un placer lavarse, de modo que no se demoró.

Además, la campana que llamaba al culto estaba sonando, y no quería tener una tardanza.

El Sr. King dirigió el culto y pidió la protección especial de Dios sobre los alumnos en ese día de picnic. Inmediatamente después, todos los alumnos escucharon cuidadosamente mientras el Sr. King explicó lo que cada uno debía hacer, para que todo el trabajo terminara pronto. Algunos debían encargarse de reunir el alimento que llevarían para preparar en la isla. Otros debían encargarse de recoger cocos verdes, y otros debían llevar agua potable al embarcadero.

Samuel estaba en el grupo de los que recogerían los cocos. Para ellos no era un trabajo difícil, y mientras lo hacían, Samuel ya se imaginaba que estaba en la isla jugando, nadando o descansando.

Apilaron los cocos en un montón para que el tractor los levantara y luego salieron corriendo hacia el punto más cercano a la isla, que distaba unos ochocientos metros.

Quizás estés pensando que cruzarían en canoas. ¡Pero no! Las canoas estaban reservadas para las madres y los niños pequeños, y para llevar los alimentos. Los muchachos y las niñas irían nadando.

La Sra. King no hacía mucho que había llegado a ese lugar y, hablando con las niñas, en el dormitorio, se enteró de que a ellas les gustaría mucho que tuvieran otro picnic en la isla.

-¿Y cómo hacen con tantos que son para cruzar hasta allá?

-Nadamos -le respondieron las niñas en coro.

-¿No hay tiburones? -preguntó ella. Las niñas le aseguraron que el año anterior no habían visto ninguno, pero añadieron que no hacía mucho tiempo dos muchachos habían visto uno.

El tractor recorrió lo mejor que pudo la distancia que los separaba de la canoa del Sr. King. Los alumnos estaban jugando, gritando, y haciendo salpicar el agua.

Los que tenían nueve o diez años llevaban en la mano un pedazo de madera que hacía las veces de flotador y, gradualmente, todos se fueron internando cada vez más hondo en el agua de la bahía, hasta que les llegó a la cintura.

A Samuel le hubiera gustado ir adelante, pero sabía que debía quedar para ayudar al Sr. King a cargar las cosas. Cuando terminó, salió rumbo a la isla.

Como la marea recién había empezado a subir, pudieron caminar en el agua hasta llegar a una islita



cubierta con mangles. Ahora les tocaba la parte difícil. Entre esa isleta y la playa de arena brillante de la isla grande donde tendrían el picnic, los separaba agua profunda y una corriente fuerte. Y podría haber tiburones.

-Salgo, -dijo Ledi y tras él salieron los demás. Al principio reían y jugaban, pero pronto tuvieron que dedicarse a nadar. Sus cuerpos brillaban bajo el sol caliente que los urgía a seguir. Los alumnos mayores nadaban al lado de los menores y Samuel se alegró de que Ledi fuera con él, aunque no tan cerca como para poder conversar.

Samuel se estaba cansando, pero pensó que no le faltaría mucha distancia que recorrer. Acababa de acordarse de los tiburones cuando algo le tocó el pie. Casi gritó. Su corazón latía con tanta fuerza que pensó que se le iba a reventar el pecho. Pero en eso se dio cuenta de que lo que había tocado no era un tiburón, sino las rocas que sobresalían en la orilla de la isla.

Pronto había muchachos y chicas acostados en el agua playa, en la arena, en cualquier parte donde pudieran descansar.

¡Pero eso no duró mucho! Uno de ellos le tiró a otro un alga marina, y todos comenzaron a jugar con las algas con tanta energía como si hubieran hecho la travesía en un bote.

Cuando llegó el alimento en la canoa principal, todos ofrecieron voluntariamente su ayuda. Algunos ayudaron a la Sra. King a hacer fogatas, otros pelaron batatas y bananas verdes. (No hay nada más delicioso que batatas cocinadas en crema de coco). Y pronto se prepararon dos grandes fuentes de coco rallado.

Cuando Samuel y sus compañeros volvieron después de jugar un rato, el aroma de la comida les hacía muy difícil esperar la hora de comer.

Después del almuerzo jugaron y correataron. ¡Y cómo gozaron esos momentos! Por fin se sentaron a descansar perezosamente para comer el postre: caramelos de fruta.

Antes de que se dieran cuenta, el Sr. King llamó:

-Es hora de volver a casa.

Algunos de los muchachos llevaron hasta el bote las ollas y las demás cosas que habían traído. Uno de los que volvían de la orilla gritó:

-¡Acabo de ver un tiburón que saltó en el agua!

Sesenta rostros se levantaron. Sesenta estómagos experimentaron una sensación extraña, y sesenta pares de ojos se volvieron hacia la bahía.

Los niños habían estado jugando en un bosquecillo resguardado y nadie notó que el mar tranquilo de la mañana había desaparecido. El viento agitaba la marea formando grandes olas coronadas de espuma. El sol estaba oculto por nubes grises y una neblina baja y en la distancia caía una lluvia fina. El Sr. King ya se había ido con su primera carga y la Sra. King observaba ansiosamente la pequeña embarcación que subía y bajaba con el movimiento de las olas. Mirando hacia el lugar donde el sol brillaba pálidamente a través de las nubes, se preguntaba qué iría a ocurrir. Una vez que se hiciera de noche, no se harían más viajes. Samuel la observaba, preocupado. De pronto la Sra. King habló.

-Uds. chicas pueden esperar, si quieren, hasta que el Sr. King vuelva para cruzarlas. Pero, eso llevará bastante tiempo.

Las niñas miraron la canoa, luego el agua, y finalmente a los muchachos. Aunque la travesía no era fácil, nadie ponía en duda su habilidad como nadadores. ¡Pero todos pensaban en el tiburón! Hablaron bastante y miraron bastante, y entonces los muchachos salieron en busca de palos para hacer

flotadores.

Y volvieron trayendo palos largos que habían sido blanqueados por muchos días de sol. Las niñas no necesitaron decirle a la Sra. King que habían decidido nadar; ella ya se lo había imaginado. Cuando se lo dijeron, les advirtió que comenzaran la travesía del lado de la isla que quedaba bien arriba, calculando que la corriente tendería a arrastrarlos hacia la bahía. Les recordó la oración que habían tenido en el culto matutino en la cual se pidió la protección de los ángeles guardianes, y finalmente añadió:

-La verdad es que nunca he oído que un tiburón salte fuera del agua.

Al oírla los alumnos se rieron, porque recordaron que generalmente son los delfines y los peces voladores los que saltan fuera del agua, y no los tiburones.

Si bien es cierto que no reinaba el mismo entusiasmo de la mañana, tanto los muchachos como las niñas hablaban y reían al acercarse a la bahía. Pero cada uno era consciente de que la travesía no sería fácil.

Esa mañana, cuando hicieron la travesía, emplearon la isleta como un lugar de descanso. Pero ahora tenían que empezar en un punto que quedaba más alejado del punto de llegada, y cruzar diagonalmente. Y pasarían lejos de la isleta. Tenían que nadar toda la distancia de un tirón.

A medida que se fueron internando en el agua se reunieron en torno a los troncos en grupos de ocho o diez. Samuel formaba parte del último grupo. Ese grupo había esperado hasta ver que todos tuvieran lugar.

Al salir, trataron de conservar su energía y sólo movían un poco las piernas, dando de vez en cuando una patada para avanzar. La corriente les arrastraba las piernas, y alguien sugirió que comenzaran a nadar. Avanzaban muy lentamente. Ni siquiera podían verse los grupos entre sí.

¿Sería que iban en la debida dirección? Sí. La isla quedaba atrás, el sol adelante, y la tierra firme, a su derecha, pero la marea trataba de arrastrarlos hacia el mar abierto.

Desde la isla la Sra. King y los niños menores observaban ansiosamente su progreso. Ella vigilaba, oraba, y vigilaba. Especialmente observaba el último grupo, porque alguien había quedado atrás.

Samuel sabía muy bien quién era ese alguien. Sintiéndose cansado soltó el tronco para descansar, sólo un instante... pero cuando quiso tomarlo de nuevo, no lo alcanzó. Llamó a sus compañeros, quienes lo incitaron a apresurarse, pero no le fue posible alcanzarlos y fue quedando atrás.

Sus compañeros no pudieron hacer nada. No podían retroceder contra la corriente. Tenían que seguir con ella. Samuel se tranquilizó pensando que podría salvar la distancia, pero no le resultaba muy divertido nadar solo. ¡Ahora sí que podría convertirse en una buena presa para el tiburón!

El grupo se alejaba cada vez más y él comenzaba a cansarse; y las fuerzas no le daban para apresurarse más.

Sentía que los brazos le pesaban y que el trabajo de sus piernas era casi inútil. Se acostó de espaldas en el agua y comenzó a flotar. Respiraba evitando que las olas le llenaran la boca de agua salada. Estaba tan cansado que ni se acordó del tiburón.

De pronto oyó que lo llamaban, y volvió a ponerse de pecho. Y esa posición le proporcionó renovadas energías. Si el tiburón lo perseguía, sería mejor que él se moviera; y se movió, volviendo apenas la cabeza para respirar.

Entonces se le ocurrió algo. Esa gente que gritaba tan descansadamente no podía estar nadando. Al fin y al cabo, él había quedado último. De modo que se paró en el agua y miró a su alrededor. Allí, a sólo pocos metros de distancia estaban todos sus compañeros, sanos y salvos.

¿Sería que se reían de él? Así era. Porque él, por miedo al "tiburón" nadó con tal entusiasmo que pasó de largo.

Esa noche cuando la Sra. King recorrió los dormitorios averiguó si todos estaban bien.

-¡Oh, sí! -respondieron-. ¡Estamos muy bien!

-¿Fue un tirón muy difícil? -les preguntó.

-No demasiado. Sólo un poquito largo -respondió Samuel, y todos se rieron.

Cuando la Sra. King se dirigió por fin a su casa para descansar pensó: ¿En qué otra parte del mundo encontraríamos una escuela semejante... una escuela donde los niños nadan ida y vuelta una distancia de ochocientos metros en aguas profundas, para asistir a un picnic, y luego se rían ante la idea de que pudieron haber encontrado tiburones? Y ese pensamiento la llenó de admiración. Estos papúes son realmente maravillosos.

VOLANDO AL SERVICIO DE DIOS

El Sr. Stahl había oído que los indios que vivían en la región del Río Amazonas, en Sudamérica, no sabían nada de Jesús. Así que abandonó su cómodo hogar en los Estados Unidos y fue para trabajar a favor de ellos.

El río Amazonas es tan ancho en algunos lugares, que una persona no puede ver de una orilla hasta la otra. Las costas están bordeadas de selvas impenetrables. Innumerables monitos grises con largas colas charlan mientras saltan y se mecen entre los árboles. Aves de vistoso plumaje vuelan de un lado a otro. Y enormes cocodrilos perezosos duermen en la arena, en la ribera del río.

En muchos lugares de la selva, los árboles han sido cortados y en esos claros del bosque se han levantado pequeñas aldeas. Las chozas se hacen de barro y troncos.

No hay caminos que comuniquen una aldea con otra. Los indios que viven en esa región viajan de un lado a otro en pequeños botes. A veces caminan muchos kilómetros a través de la selva.

Era difícil para el misionero Stahl ir de una aldea a otra. A veces tenía que caminar durante semanas y semanas a través de la espesa selva, en el barro y bajo la lluvia.

Un día, halló una nueva manera de viajar. Un hombre llegó con un aeroplano. El avión necesitaría sólo tres días para realizar un viaje que de otra manera le llevaba treinta días.

El misionero Stahl nunca había viajado en aeroplano. ¿Se animaría a subir? ¿No sería peligroso? Pero recordó cómo Dios lo había cuidado y protegido durante toda su vida. Y se dijo: “Yo sé que Dios me cuidará en el avión”.

Así que el Sr. Stahl compró su boleto y subió al aeroplano. Este empezó a ascender y ascender en claro cielo azul. ¡Qué lindo era mirar abajo y ver la selva! Esparcidas aquí y allí entre los árboles, se veían las pequeñas aldeas de los nativos. En muy poco tiempo llegó a su destino, y el Sr. Stahl bajó. Otro aeroplano esperaba para llevarlo el resto del viaje.

Pero cuando este avión arrancó, no se elevó como debía, sino que se fue a ras del suelo por entre los árboles de la selva. Por un momento siguió dando tumbos, y por fin cayó al suelo.

Cuando el Sr. Stahl pudo salir del aeroplano, apenas podía mover una de las manos, y tenía el rostro cubierto de sangre. Pero Dios le había salvado la vida.

Pasarían tres semanas hasta que pudiera tomar otro aeroplano. Y no podía hacer nada más que esperar, y esperar. Muy pronto los indios que vivían cerca de ese lugar, supieron que el misionero blanco podía curar a los enfermos. Todos los días venían los indios trayendo a los que necesitaban atención. El Sr. Stahl estaba ocupadísimo desde la mañana hasta la noche atendiéndolos.

El Sr. Stahl se sentía triste al pensar que tendría que esperar tanto tiempo hasta la llegada de otro avión. Un día uno de los hombres le dijo: “No se preocupe. Muchos de estos enfermos hubieran muerto si usted no hubiese estado aquí”. El Sr. Stahl se sintió más animado. Ahora comprendió que él estaba donde Dios quería que estuviese.

Finalmente llegó el aeroplano. Cuando el Sr. Stahl subió, se sorprendió mucho al ver al mismo piloto que había estado en el aeroplano que se estrelló.

“Le prometo hacerlo mejor esta vez”, le dijo al misionero. Y empezaron el viaje. Por un rato todo fue bien. Y entonces vino una tormenta. El viento soplaba contra las alas del avión y casi lo tumbaba. El piloto estaba asustado, pero el Sr. Stahl, no. Él sabía que Dios lo cuidaría como lo había hecho hasta entonces.

De repente, las oscuras nubes se abrieron y ellos siguieron volando a través de algo que parecía un hermoso arco iris. El Sr. Stahl había visto muchos arco iris, pero jamás uno semejante a éste. Le hizo pensar en la tierra nueva. Sus colores eran maravillosos. Siguieron volando a través de esos hermosos colores, y luego, a la distancia, vieron como un gran camino entre las nubes, y por ese camino el aeroplano siguió hasta que vieron el sol brillante. Poco después el aparato aterrizó salvo y seguro.

Cuando el misionero Stahl bajó de él, agradeció a Dios por haberlo cuidado en su primer viaje en aeroplano. Naturalmente, como Uds. comprenderán, esto sucedió hace muchos años, cuando los aviones eran casi desconocidos.